

25

FILMS

DE AMOR

INFIERNO EN
PAT O'BRIEN
GLORIA STUART VIDA

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO EDITORIAL
RAMON SALA VERDAGUER

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES
Valencia, 234 Apartado 707-Barcelona

"ALAS"

AGENTE DE VENTAS
Sabad, Círc. Española de Librería - Barbant, 14 y 16 - Barcelona

AÑO VIII APARECE LOS JUEVES NÚM 205

EL INFIERNO EN VIDA

Narración novelada de la película del
mismo nombre interpretada por

PAT O'BRIEN

Narración literaria: Dr. P. JIMÉNEZ.

EXCLUSIVAS UNIVERSAL
Hispano American Films, S. A.

Mallorca, 220 Barcelona

INTERPRETES

Barney Slaney	PAT O'BRIEN
Mike Slaney	Berton Churchill
Lorraine	Gloria Stuart
Barton	Tom Brown
Marybelle	Merna Kennedy

Argumento de dicha película

Historia.

Nos encontramos en un villorrio de Florida, en un bar en el que su dueño ha introducido la novedad de un gramófono, junto al que se arremolinan chicos y grandes, admirando la caja diabólica, de la que salen estridentes notas y canciones de moda de la capital, según dicen.

— Parece cosa de brujería... — dice un campesino atónito.

— Le llaman el gramófono. Es el último invento de Edison. Parece charanga, ¿eh? — dijo el dueño del bar a los circunstantes, a los que pretendía atraer con su maravilloso aparato.

En efecto, la señora Slaney acababa de morir en la villa, corriéndose la noticia como la pólvora. Dejaba a su esposo Mico Slaney y a su hijo de 18 años en la más triste soledad. Barney se llamaba el mozalbete. Un trabajador incansable, de lo más bonrado y envidiado del pueblo por sus virtudes y dotes naturales, al que solamente Ed Perkins miraba con sumo celo. Perkins era otro mo-

zalbete de la edad de Barney, hijo de padres afortunados, cuya educación era esmerada y el cual hacía vida de señorito de pueblo, como suele decirse. Mataba el tiempo y explotaba a la clase trabajadora, viviendo de sus rentas mal merecidas. Barton, en cambio, otro mozalbete de la aldea, de la clase y condición moral noble de Barney, era el íntimo y confidente de éste. Todos habían ido juntos al colegio; pero, a medida que crecían, las amistades fueron siendo cada vez mayores conforme a las clases sociales de cada cual.

Por eso, Barton fué quien sintió, con Barney y su padre, un verdadero duelo por la muerte de la madre de éste, en tanto que Ed sólo se preocupaba de sus diversiones señoriles en el círculo de las amistades que se asociaron al luto de padre e hijo.

— ¡Algún día me las pagarás juntas! — había dicho Barney a Ed cuando ambos se cruzaron a raíz del entierro y aquél, de punta en blanco, dió un enorme topetazo con su coche a éste en traje de facnas, y sin siquiera pedirle perdón.

Eran ya demasiados los desaires de Ed, al que, al fin y al cabo, él para nada necesitaba. Porque Ed aprovechaba incluso las ocasiones más favorables para divertirse a costa de sus humildes paisanos como Barton y el propio Barney.

— No flores, hijo mío... — le había dicho

Mr. Mieke a su hijo en el lecho de muerte de su madre—. Tu madre no lo quiere... —Y volviéndose al cadáver de la esposa, añadió, arrodillándose con su hijo:

—¡Te juro, buena Scheila mía, que haré por nuestro hijo todo lo que pueda, cual era el deseo...! Y tú, hijo mío, despídete de tu buena madre...

A las acongojadas conmovedoras, durante las que Barton no se separó un momento de Barney, se siguieron los planes del señor Mieke para colocar a su hijo, sin que descansara en su idea. En su humilde esfera no podía permitirse mucho, pero ya se encontraría el camino. Por lo pronto, Barney siguió trabajando al lado de su padre como simple herrero durante dos años, al cabo de los cuales obtuvo una recomendación para poner a su hijo de fogonero en el ferrocarril local. Cuando la compañía avisó a Barney para que ingresara en su nuevo puesto, Mieke puso a su hijo en traje dominguero para dirigirse a la estación con el mismo. Las gentes del pueblo supieron inmediatamente de lo que se trataba.

...y pronto serás maquinista, como quería tu buena madre... — le decía de camino Mieke a su hijo.

—¡Te felicito por el nuevo empleo del muchacho, Mieke! — le dijo el dueño del bar, al ver pasar a padre e hijo.

—¡Me alegro por lo del ferrocarril, Barney! — le dijo Barton, estrechándole efusivo las manos y siguiendo con el codo abajo.

—Ya me lo dijo la señorita Blanes... Ya es hora de que se separe Barney — le añadió, al encontrarlos Ed, el señorito camándula, provocando una mirada comprensiva y de desprecio de ambos muchachos junto a una inclinación de agradecimiento de Mieke, su padre.

—Este reloj es para ti, Barney! — le dijo su tío Treo, el hermano único de su pobre madre... En el tren lo necesitarás... Tu padre sabe lo bien que anda... No varía ni un segundo y tiene 15 rubíes ¡de oro macizo!

—Enhorabuena, amiguitos! — díjoles a su vez el veterinario de la aldea, al que acompañaba una linda muchacha nueva en el pueblo—. Puede presentarnos a mi sobrina Marybella de Nueva Orleans... Viene a pasar una temporada conmigo y sospecho que no le faltarán admiradores... — añadió, al observar el buen efecto que la joven hacía en el ánimo de los muchachos y de Mieke mismo, que quedó prendado de su especial atractivo.

Aquel día mismo, y en servicio de noche, Barney tomó posesión de su nuevo empleo. Los aldeanos acudieron a la estación para felicitar al muchacho y el mismo veterinario se dio un paseo por allá con Marybella, que así acabó de conocer los chismes del pueblo.

Entre los curiosos del andén se hallaba Ed y su hermano Grover, quienes en seguida comenzaron a comentar la presencia de Marybella, aboraciéndola no sólo con sus promesas, sino con sus flores en muestra de pleitesía. También Barney había puesto los ojos en la muchacha sin desfilárselo a su padre.

Los días transcurrieron sin grandes novedades como pueden transcurrir en tan reducido ambiente, y Barney descompañaba a maravilla su cometido, haciéndose gran amigo del maquinista. Y aunque el servicio era duro, tanto si tenía libre de día como de noche, aprovechaba las ocasiones que se le presentaban para rondar a Marybella honradamente, decentemente como sólo él y no los Perkins podía hacerlo.

—Marybella... los Slaney y los Perkins no son muy amigos — le dijo a ésta su tío, dándose cuenta del juego... —, rencillas de muchachos... Claro que tú debes saber esto y te pongo al corriente... Tanto unos como otros dan que hacer a sus familias... y no quisiera que, mientras estés conmigo, haya nuevas rencillas por tu causa...

—Ed Perkins se casaría conmigo — dijo la muchacha —. Ahora le van a nombrar capataz de la cuerda de penados que llegó aquí a construir el puente grande. Pero su hermano Grover también me pretende... Ya sé que no habla bien éste de Barney Slaney...

deben ser los celos... ¿Sabes lo que me ha dicho Barney, tío? Ayer mismo me dijo: Oye, Marybella, no te vayas a casar con el esbirro de Ed y menos con su hermano que es un inútil...

—...yo te quiero más que ellos dos juntos... Desde que mi padre me buscó esta colocación, en el ferrocarril, que no he podido olvidarte... Tu imagen me sigue a todas partes... igual que la imagen de mi madre... ¡Te quiero con toda el alma, Marybella... ¡! Casate conmigo!!! — le había dicho en efecto en su última entrevista Barney a la muchacha.

Hasta tal punto insistió el joven fogonero al lado de Marybella y tanto se convenció ésta de las admirables dotes del noble huérfano, que meses después, no sólo renunció a regresar a Nueva Orleans, sino que consintió en casarse con él con la aprobación de sus familiares y de Micke Slaney naturalmente. Pero Marybella conservó su simpatía por Ed, que lo mismo que el hermano de este último, Grover, miraba a Barney para sus adentros con mayor antipatía que nunca por haberse sabido ganar a la preciosa forastera. Y lo peor de todo era que debía simpatía por los Perkins, y en especial por Ed, llegó a conducir a la joven hasta la infidelidad. De ello estaba bien ajeno Barney, cuando acompañaba al maquinista en el recorrido que ha-

cian y que de noche solía aprovechar su mujer para verse con Fred.

—¡Ahora ya no tienes que pensar más en Ed ni Grover — le dijo Barney a su reciente esposa el día mismo de la boda.

—Ahora sólo en ti. — le respondió ella cariñosa entonces.

Aquella mujer había de ser la perdición de Barney, al que Barton quiso poner en guardia sobre las voces que se oían por el pueblo. Pero ni Barton se atrevió a tanto ni Barney, al fin demasiado empujado, le podía haber creído ni veía nada anormal en su mujer. Tuvo que ser Mieke, su padre, el que avisara a su hijo para que aconsejara a Marybelle, sobre todo durante su servicio nocturno. Y aunque Mieke no se atrevió a decirle a su hijo toda la triste verdad de que él mismo había sido testigo, aquella voz de alerta de su padre bastó al muchacho para decidirlo a cortar por lo sano, si es que algo había de cierto en lo que se decía.

Grover había sido, en efecto, nombrado capataz de la cuerda de penados que hacía días habían dado comienzo a las obras del gran puente a dos millas de la aldea. El peso del tren por el lugar de las obras se hacía pesado e interminable ahora. Cuando llegaron a la altura de los presos que trabajaban a condiciones pésimas de salubridad, y la locomotora avisó con sus pitidos, Grover no dió



—¿Nos vamos a detener aquí mucho tiempo?

muestras de prisa alguna para dar paso al tren. Barney echaba carbón a la caldera como un loco y miraba como obcecado su reloj. Eran las siete y el día iba cayendo.

—¿Cuándo volveremos? — le preguntó Barney al maquinista.

—Si sigues echándole a la caldera tanto carbón, estaremos de vuelta en un santiamén — le respondió aquél, extrañado del afán de Barney.

—¿Nos vas a tener aquí mucho tiempo? — le dijo Barney por fin a Grover, que estaba en su caballo al lado de la vía, mirando la labor de los penados con un gran látigo en la mano.

—¿Llévas prisa? — le contestó aquél altanero.

—No; esperan la locomotora — volvió a decirle Barney.

—Creí que tendrías otras razones más importantes... — le dijo Grover irónico y soltando una risotada mal intencionada.

—¿Qué ha querido decir? — le preguntó Barney al maquinista apesadumbrado y queriendo comprender que se refería a su mujer.

Y no dejaba de tener razón. Porque en aquellos precisos momentos, Marybella había dado acceso en su casa a Ed Perkins, con quien sostenía de nuevo un idilio, de lo que tal vez estaba impuesto también Grover.

—¡Ayer te prometí venir más pronto..., ya me tienes aquí! — dijo Ed a la joven esposa de Barney, que se dejó besar por él después de correr cortinas y cerrar ventanas y puertas.

—¡Eres un don Juan, bribón..., pero tienes gracia! — le contestó Marybella mimosa.

Y la historia se repitió varios días más. Hasta que Barney preparó su plan, llevándose como de costumbre su comida y despidiéndose cariñoso de su esposa hasta el amanecer, ya ascendido a maquinista, en vista de su pronta adaptación y de los empeños de su padre Micke.

Las cosas le salieron a pedir de boca al pobre Barney, que no buscaba una tragedia, sino la limpieza de su honra. Aquella noche mandó a la locomotora a un compañero para que le sustituyese, cambiando el servicio entre ambos y, lleno de pesar, se fué, antes de ir a su casa, a casa de su padre.

—Manuel me ha tomado el turno esta noche, padre — dijo Barney a éste cargado de su morral y comida.

—Siéntate, hijo mío. Abre el cuarto de mamá..., a ella le gustaba tanto verte... Su retrato te escuchará — le contestó solícito Mr. Micke.

—¡Pobre mamá..., qué falta que hace ahora! — dijo preocupado el muchacho, soltando la chaqueta.

—¿Te atormenta algún pesar, hijo mío?... Las penas que no se confían, desgarran el corazón... ¿No sabes por qué eres tan buen maquinista...? Se lo he dicho a Barton hoy... Porque mamá guía tu locomotora... ¿No eres

tan feliz en tu hogar?... — inquiría el padre.

— ¡Soy un desdichado!... La gente se ríe a mi espalda... Marybella... balbuceó Barney a su padre visiblemente emocionado.

— ¡Estás demacrado, hijo mío! Aquello que te dije... quizás sería exagerado... puede que sea la envidia... No hagas caso, hijo mío... — le recomendaba, tratando de consolarlo su padre.

— ¡No puedo más, padre...! Es peligroso llevar un tren sin sosiego... y puedo poner en peligro a mis pasajeros... ¡Prefiero abandonarlo todo antes que enloquezca...! ¡Mas Perkins!... — decía Barney ensimismado.

No debes estar solo esta noche... Has hecho bien en venirte conmigo. ¡Calma! Quédate conmigo a dormir y luego iré contigo a ver a Marybella... — le decía Mieke, tratando de convencerlo de nuevo.

Pero Barney no pudo seguir escuchando a su padre y salió como un sonámbulo de su casa, después de besar a éste y rogarle se tranquilizase.

Mediaba la noche y la aldea se hallaba en silencio y en calma. Barney miró por las rendijas de sus ventanas y por la cerradura de su puerta sin ver ni percibir nada. Casi tranquilizado abrió su puerta con sumo sigilo, cuando, encontrándose en el zaguán de la casa, oyó una risa de su esposa querida y la voz de Ed Perkins. ¡Allí estaban! ¡Al fin,



— Una mariposa juguetea con la llama...

iba a vengar su honra el maquinista! Otro momento de escuchar y unos pasos firmes hacia la estancia donde se encontraban la infiel adúltera y el amigo canalla recostado sobre ella leyendo una novela con sendos vasos de brandy delante de cada cual.

— Una mariposa juguetea con la llama... — dijo Barney a los sorprendidos con voz tétrica, pero sumamente dueño de sí mismo... —, era la llama tentadora del infierno... Lo lei

de niño en la escuela... Y la liviana mariposa se abrasó...

—¿Estás indispuerto, Barney? — le dijo Marybella a su esposo con voz tamborosa y sin saber por dónde salir.

—¿Qué tal, Barney?... He venido a traerte este brandy... — dijo a su vez el cobarde de Ed, tratando de disimular malamente.

Se le agradece mucho... Siéntate, hombre..., espérate... — le dijo Barney con firmeza.

—Gracias, Barney..., pero iba de paso... — le repuso su enemigo —. Si quieres probarlo, tomaré un trago contigo — añadió tomando la botella, de cuyo contenido no quedaba sino la mitad.

—No es mala idea... beber un trago ahora... ¡Parece que a tu hermano le va bien con los penados! — replicó Barney, mudando el gesto y aceptando el convite.

—Déjalo, amor mío, es tarde y quiere marcharse el señor Perkins... — intervino Marybella, cuya palidez era visible.

—¡No tengo prisa!... Dejé el trabajo para venir a veros... Hagamos, si quieris, de cuando éramos chicos, Perkins... Siempre te has reído de mí... y, cuando se murió mi madre la pobre, juré cobrarme algún día... ¡No me extraña que ahora me traigas regalos!..., pero ya te conozco... Ahora no somos chiquillos...

—y dirigiéndose a Marybella, prosiguió Barney:

—¡Tú sabes cómo yo te amaba, Marybella!...

—Déjame, o no respondo de mí — gritó descompuesto y viendo claras las intenciones de Barney, el cobarde de Ed.

Como una hiena, al escuchar aquellas palabras, Barney se abalanzó sobre Ed, estrangulándolo tras breve lucha y matando acto seguido a su despuorida mujer. Inmediatamente fué a ponerse a disposición del jurife, confesando su culpa y los motivos que le habían movido para no perdonar ni a su esposa. Barney fué llevado al banquillo como un criminal vulgar.

—Nunca hubiera pensado morir aborreado padre! — le dijo Barney al autor de sus días, cuando el jurado se retiró para pronunciar veredicto.

—¡Sangre de mi sangre no enrojecerá el patíbulo! — le replicó su padre, mostrándole que llevaba un cuchillo para clavarcelo en el pecho, si le condenaban allí mismo —. ¡En seguida me mataré yo, hijo mío! — le añadió.

—¡Aensado! ¡De pío, mirando al tribunal! — dijo el presidente al escuchar al Jurado poco después —. Se le considera culpable de homicidio. ¿Tiene algo que alegar para que no se le condene a muerte?

—Honorable presidente... —respondió Bar-

ney ajada la cara por sus sufrimientos—. He vivido por aquí toda mi vida... No me espanta el patíbulo..., pero sentiría en el alma matar a mi padre por culpa de una mala mujer... Mi madre me decía, cuando vivía, que quien causa mal a los buenos, no reposa tranquilo ni en la sepultura... Eso es todo, señor... y gracias por dejarme decirlo.

—Este tribunal quiere usar de generosidad —agregó el presidente— y condena al acusado a trabajos forzados toda la vida...

—¡Un día de presidio es demasiado por matar a aquellos malditos! —murmuró Meke, el padre de Barney, al ver salir a su hijo entre los guardias.

En efecto, el padre de Barney tenía más que motivos para quejarse de semejante injusticia. Con seguridad que su hijo sería entregado a la cadena de presos que guardaba Grover Perkins, el hermano del muerto, con lo que Barney salía poco ganancioso. Se gozaría en martirizarlo sin duda. Pero pensando en todas estas posibilidades, el muchacho se formó inmediatamente su plan. Tenía que buscar la manera de evadirse y atravesar la frontera, si no lo acerbillaban las balas de los guardianes o lo destrozaban los perros policíacos de los mismos.

Ya la entrega de Barney al capataz, que ejercía funciones de director del presidio am-

bulante, el tal Grover Perkins, fué vergonzosa.

—Vienes por tu merecido, ¿eh, Barney?... Lo que es yo no te habré mandado a buscar a ti ni a nadie... ¡Aquí os traen vuestros crimenes!..., y mi deber es cobraros por cuenta del Estado los perjuicios causados al mismo... Tú, Barney, has matado a sangre fría... y todo lo que se te castiga, es demasiado bueno para ti... ¡Suelta esas ropas, que ya te darán el nuevo uniforme... y te herrarán la bola y la cadena..., a ti con dos eslabones menos que a los de más...! ¡A ver, qué traes en los bolsillos!... Lindo reloj... de Tree..., el regalo de tu padre, Barney..., pero aquí no necesitas saber la hora nunca más... ¡Lo siento, el reloj no lo verás más... —decía sarcástico Perkins, tratando a Barney como a una mala sabandija y añadiendo, mientras le soltaba un latigazo en la cara:

—¡Y ahora verás ahorcar a unos morenos que me esperan, para que veas lo que os aguarda, si no os hacéis a la nueva vida!...

Perkins mandó poner en fila a toda la cuerda de presos, para que fuesen testigos de las ejecuciones por la horca, que con algunos negros se iban a verificar, y montando en su caballo, emprendió con todos la marcha hacia una colina donde había fuertes árboles apropiados para la macabra escena.

—¡No quisiera verlos morir! —dijo el



- ¡Izarlos! — gritó Perkins.

petado que caminaba con su pesada cadena al lado de Barney.

— ¿Per qué estás aquí? — le contestó éste agobiado por aquel peso enorme.

— Tres años por robar un caballo que no robé yo — le dijo aquél, añadiéndole luego:

— Moriría con gusto por matar a ese Perkins... es de lo más malo que hay entre bicho viviente... A ti te esperábamos... aquí las noticias vienen con el viento.

— ¡Izarlos! — gritó Perkins. Llegados a la colina, para que se colgase a los negros condenados a la última pena.

En tales momentos, el murmullo de los rezos de éstos se hizo sentir de manera auroadora.

— ¡Ya subo la escalerita dorada! — decía, luchando con la soga al cuello y la enorme cadena a los pies, uno de los primeramente colgados.

—... ¡decidle a Jesús que ya llevo yo! — decía el próximo, gritando y temblándole las piernas horrorosamente.

Tan macabra escena martirizó el corazón de Barney y el resto de penados, lacerándolo horriblemente. Ni aun que rezasen los negros acompañantes por el alma de sus compañeros de raza, les permitía, la hiena de Perkins, a latigazo limpio con ellos o bien la pistola en la mano.

— ¡Habéis sido traídos aquí — dijo Perkins a fila en presencia de los colgados ya inertes — para que esto os sirva de ejemplo!... La recompensa del mal es la muerte... ¡y si no mirad a esos ahí colgados!... ¡En marcha, ahora y silencio!...

Los días transcurrían al sol abrasador, cargados de pesadimas cadenas y transportando maderos gigantes a los hombros, o bien talando árboles enormes sin descanso y mal alimentados. El puente del pueblo estaba para

terminar, cuando una mañana Perkins recibió un parte urgente del Gobernador del Estado. En Middletown se había declarado una fuerte epidemia de cólera y había que ayudar inmediatamente a la población para efectuar los enterramientos por masas, peligrosísimos para la población civil. ¡Para eso eran buenos los penados! Los jauladores enormes, que transportaban aquella carga humana, se pusieron en movimiento y en tres jornadas dieron vista a la ciudad, castigada por la terrible peste.

A las puertas de Middletown esperaban a la triste comitiva el jefe y las autoridades del lugar. Las calles del pueblo estaban desiertas y el pánico se apoderaba de las caballos a diez millas a la redonda, donde los casos de la terrible peste menudearon también.

—¡Esta noche me largo o me matan!... ¡Vente conmigo! — le dijo Brownfield a Barney cuando hicieron alto y se disponían a salir de las jaulas de transporte.

—...espera a que lleguemos más adelante... — le contestó Barney en voz bajita—. No te quieras sacrificar inútilmente.

—¡Aquí nos matará la peste!... ¡Hay que matar al sabueso de Perkins al menos!... — añadió Brownfield, arrastrando a duras penas la pesada cadena y bola de hierro al fin de la misma.

—¡Tres mesecitos me faltan... y luego es-

taré en libertad!... — dijo, radiando de alegría, el negro gigante Jack a uno de los guardianes al descender del jaulón—. Entonces volveré al oficio... Yo era herrador hacia 18 años... ¡Mi amo se dedicaba a las damas y yo a los caballos!... Hasta que un día me vino un caballo malísimo... yo le dije "tratas con un cristiano"...

—¡Ala, Jack! — le dijo Perkins, soltándole un latigazo desde lo alto de su caballo y acabando con el relato del negro lo mismo que con su alegría.

La tarde caía en Middletown y la ciudad prosuadida se dispuso al reposo cada uno en su jaula correspondiente, donde los lechos y las personas se confundían entre gruesos barrotes atestados unos con otros. Hecho el silencio, los penados se entendían por señas, temerosos de ser oídos y sufrir horribles castigos por órdenes del satánico Grover Perkins. Sin embargo, Brauny, como llamaban a Brownfield, se jugó el todo por el todo. Con un trozo de lima, que a saber Dios de dónde la sacaría, y aprovechando los paseos del centinela, es decir, las vueltas que éste daba alrededor del jaulón, fué limando y limando los barrotes y sus grilletes hasta conseguir quedar libre. Entonces emprendió la huida, mientras los otros hacían que dormían. Cuando, en una de las vueltas, el centinela vió su sitio vacío y dió el grito de alarma. Perkins

se puso a la cabeza de los apseguidores con enorme ira. Los enormes sabuesos siguieron la huella que perdieron tras un riachuelo, dándole al pobre Brauny, por fin, alcance entre unos matorrales. Brauny mató con la lima al sabueso, que se le abalanzó como un tigre, cayendo al mismo tiempo acerbillado por las balas de los guardianes.

Cuando Perkins regresó, hizo levantarse a todos los penados, a los que comunicó la evasión y su trágico final como era de esperar.

— ¡Ha matado a un sabueso mío! — les dijo rabiando de ira. — ¡Sabemos quién le limó sus grilletes!... ¡Tú, Barney, no temas, ya sabemos que te falta valor para ello, ¿eh?...

Barney se mordió los labios, pronunciando una frase de indiferencia que Perkins aprovechó para ordenar a sus guardianes le sacasen de la fila, lo atasen a un árbol con Jack, que también dormía al lado de Brownfield, y les diesen a cada cual 40 latigazos en las espaldas desnudas, cuya orden se llevó a efecto al punto.

— ¡Contad los azotes! — dijo Perkins a Barney y a Jack desde lo alto de su caballo, cuando iba a comenzar el castigo ante la cuerda de penados.

— ¡Uno!..., ¡dos!..., ¡trece! — contaba el pobre Jack a cada resallido y mientras su espalda sangraba chorros de sangre.

— ¡Cuenta o... te deguello vivo a ti! — le



— ¡Contad los azotes!

dijo Perkins a Barney, que no había contado ni uno solo de sus azotes. Y diciendo y haciendo el propio Perkins, bajó de su caballo y dió tan tremendos trallados sobre las carnes desnudas de Barney, que éste, sin contar ni uno solo de los salvajes golpes, cayó al pie del árbol desmayado poco después de Jack, que en su agonía tremenda no dejaba de contar en el suelo: ¡veinti-tre!..., ¡veinti-cuatro!...

— ¡Pobre Stanley!... ¡Ay!... — gritó Zeb presa de un ataque nervioso ante la salvajada de Perkins, cayendo al suelo y revolcándose.

— ¡Que se calle esa... que me va a poner loco... llevadlo lejos y suadlo! — dijo Perkins, volviéndose a él y añadiendo a los guardianes con la misma furia:

— ¡Lleváos a este terco, animal y burro!

Cuando desataron a Barney, por la orden de Perkins, que veía que lo mataría sin arrancarle una sola contada, éste apenas si abrió los ojos, hecho una piltraja humana lo mismo que el pobre Jack. Ambos lanzaban lentos quejidos como única muestra de que no habían dejado de existir.

— ¡A dormir todos y a las cuatro hay que comenzar a enterrar apestados! — rugió Perkins, largándose de tan triste escenario a su tienda comfortable de campaña.

En carros tirados por bueyes y caballos, y en los que se amontonaban sin número de cadáveres, éstos eran transportados en medio de general duelo cerca de la nueva "colonia" presidaria, para que al amanecer les diesen sepultura en masa.

— ¡Ólera y fiebre amarilla! ¡La gente se muere como ratas! — dijo uno de los guardianes a su compañero bastante cohibido por aquel cuadro. A las cuatro en punto, en efecto, habían dado comienzo los trabajos de

cavar fosas. Jack y Barney no fueron perdonados y tuvieron que agarrarse al pico y la pala, cuando apenas si podían enderezarse, ni siquiera habían podido lavar sus heridas. Pero con la mirada solamente, los penados se entendieron aquella madrugada y pronto, en la mente de cada cual, se proyectó el plan de fuga en masa, fuese como fuese, antes que seguir en poder de Perkins o morir del cólera en las mismas fosas que acababan para los montones de cadáveres que aguardaban su turno, infestando el ambiente aquel. Perkins que en su modo de ser satánico parecía incluso no temer al peligro de la epidemia, fuese él mismo a ver la labor de Barney y de Jack, a los que alentó, o más bien, lanzó nuevas mofas.

— Barney tiene algo que liquidar con Perkins, ¿eh? ¡A trabajar o te parto el cráneo! — le gritó insolente y despectivo, asomándose al hoyo que cavaban.

Una señal de Barney bastó a Jack, quien empujó a la fosa a Perkins, al que Barney estranguló en el acto, rematándolo Jack con el pico. Un guardián, que se dio cuenta del acto repentino, dió la voz de alarma y lo mismo hizo Barney y Jack, a los que siguieron la ciudad entera de penados, hechos verdaderos basiliscos.

— ¡Ríndete que ya te falta poco... y reza

por mil — le dijo Barney a Jack, aprovechando el segundo de confusión.

— Un hombre como tú no necesita mis rezos... — le dijo Jack dispuesto a defender a Slaney sucediese lo que sucediese, y diciendo al primer guardián que cayó a sus pies víctima de un terrible golpe de pico de Barney:

— ¿Te gustaría cavar con los dientes?
¡Cava!

La confusión, por la falta de Perkins, fué enorme. Aquellos guardianes, acostumbrados a obedecer al terrible capataz muerto, se hallaron desmoralizados y tras breve resistencia, en la que fusilaron durante su huida a un par de docenas de presidiarios, dieron por inútil la persecución del resto de los mismos, que se habían adentrado en próximos cañaverales y boscajes. En su lenta huida, por motivo de los grilletes y pesadas bolas que habían de llevar al brazo por la imposibilidad de arrastrarlas, Barney Slaney tuvo que abandonar al fiel Jack, que renunció a cumplir las escasas semanas que le quedaban por seguirlo a él, y al cual hubo de ver caer de un balazo por la espalda que le atravesó el corazón. Luego la caminata fué larga. Barney se ocultó en una cabaña abandonada por apesadados y tras duro trabajo logró desprenderse de la cadena y la bola, tomando unas prendas olvidadas en lugar del traje de presidiario, que abandonó en el camino enterrándolo. Y si-

guiendo su huida, y ya imposibilitado casi de caminar más, se aventuró a llamar en una cabaña de mayores dimensiones poco antes de amanecer.

— Vengo de lejos... — le dijo Barney a la joven que se asomó por una ventana con un quinqué. — No tema..., necesito de usted..., ¿puede darme de comer?

— Le haré café... — repuso la joven, dejándole el paso.

— ¿Puede lavarme unas heridas? — preguntó dolorido, al mismo tiempo que le mostraba la espalda ensangrentada.

— Le pondré petróleo..., eso es bueno... — contestó la muchacha azorada y un tanto temerosa, al ver aquellos tremendos cardenales.

— ¿Está usted sola? — se atrevió a inquirir de nuevo Barney agradecido.

— Todos han muerto de la peste de la comarca..., se llevaron los muertos en una carreta..., yo servía en la casa...

— Lo mejor sería irnos con los mulos y la carreta de esta tierra..., también esta casa estará infestada... — dijo Slaney después de recomfortarse con el café e intinar algo con la infeliz muchacha.

Barney Slaney ponía todo su afán en ocultar a la joven los grilletes que aun llevaba al tobillo del pie derecho. Y prendiendo fuego a la casa, después de encontrar la aceptación de la joven, ambos partieron con dirección

Sur. A poco rato, una pareja de guardias armados alcanzaron a los emigrantes, preguntando a Slaney, que estaba por completo desconocido:

—¡Vecino!..., ¿dónde se va? y ¿de dónde vienen?...

—Vamos al Sur y venimos de Clarkeburg— replicó Barney tranquilo, sabiendo de lo que se trataba.

—Y no han visto ningún penado por aquí?

Barney y la joven, a los que los guardias tomaron por una pareja de campesinos, negaron haber visto a nadie; con lo que aquellas gentes volvieron grupas, comenzando nuevo galope. La carreta siguió hasta el anochecer del día siguiente, sin tomarse descanso alguno, huyendo de la gendarmería y de la terrible enfermedad que llenaba de luto la comarca, hasta encontrar, ya caído el sol, una especie de rancho, en el que hicieron alto. Por allí, al menos no sentían, al parecer, los efectos de la plaga. Varios mozos y un cortijero con su familia recibieron a la pareja de huídos con todas las atenciones.

—¿De dónde se viene? — le preguntó a Barney el cortijero.

—Ni lo sé..., hemos levantado el vuelo, huyendo de la peste — le respondió Slaney, a los que los tomaban por un joven matri-

monio—. ¿Podemos pasar aquí la noche?... Vamós hacia el Sur...

—¿Cómo no?... Con la fatigada que vendrá la mujer... Aquí hay sitio para todos... Este tejado es ancho... No parece usted labrador, amigo, por la manera de sacar los arreos... — le indicó el cortijero con ganas de entablar conversación, a lo que Barney le respondió sonriente:

—¡Pronto lo conocí!... Es verdad que fui antes maquinista..., pero tuve que cambiar de oficio al morir mi madre...

—Aquí, durante la guerra civil, tenía gracia el vivir... Ustedes no conocen esto... — decía el charlatán del cortijero, que descubrió que en el tobillo de Barney, al sentarse éste, había un grillete de penado y quiso disimular—. Yo tuve que servir con el "norte", porque si no, me hubieran fusilado..., me hirieron dos veces en la pata izquierda y deserté... —al decir esto, le miraba los pies a Barney con intención...—, entonces los "sudistas" me amenazaron con ahorcarme si no peleaba con ellos... y los del norte me hirieron la otra pata... — siguió el cortijero, mirándole a Barney los pies que éste procuraba ocultar y refiriéndose a su viaje al Sur, según antes había dicho.

Aquellas incoherencias no las comprendió la joven, pero sí Barney, que comenzó a pensar si no convendría más partir aquella misma

noche de allí. Al fin, la gente aquella le inspiró confianza y, para no llamar la atención, pernoctó en el cortijo preocupado en particular por el grillete maldito y por las heridas de la espada, que al fin podían taparse mejor.

A la mañana siguiente, el jefe de Middletown apareció con cuatro de escolta en el cortijo para registrar la casa.

—¿Quiénes son los forasteros? — le preguntó al cortijero.

Vinieron por la vía Savannah..., por Augusta y van río abajo..., buena gente..., parece que huyen de la peste y de la inundación — le repuso el cortijero, sospechando algo.

—De Middletown se han fugado los presos más de la mitad y han matado al capataz y a varios guardias... — le dijo confidencialmente el jefe.

Los forasteros corrían en efecto peligro. Pero tal fué el empeño puesto por el cortijero para salvar a aquellos emigrantes de las garras de la policía, que incluso aseguró ser de tierra conocida y haberse arruinado con la plaga. Por tanto, todo se redujo momentos después a una ligera entrevista del jefe con los forasteros, de los que se despidió cortemente.

—Buscaba a unos sospechosos... — dijo al



— ¡Buen viaje!

terminar de hablar con Barney... —, pero debe habérselos tragado la tierra.

A las pocas horas, Barney y la joven enganchaban de nuevo los mulos, dando las gracias a aquellas gentes por su hospitalidad.

— ¡Buen viaje!..., y si quiere pasar por Labrador..., aprenda a enganchar los mulos, amigo... — le dijo a Barney el intencionado cortijero.

—¿Cuánto hemos de andar para alcanzar la frontera? — le preguntó Barney.

—30 millas... yo en su caso seguiría andando todo el día y toda la noche... Ya he visto que le conviene alcanzar Méjico — fueron las últimas palabras de prevención de aquel hombre.

—¡Raro tipo! — le dijo Barney a la joven ya puestos en marcha—. Quizás podamos ser dichosos juntos..., pero antes debo decirle a usted una cosa... — le dijo Barney a su salvadora.

—No me lo diga! — repuso ésta—: lo he adivinado todo antes de lo que usted se cree.

—¿Y me quieres, Loren, a pesar de eso?... —le dijo Barney.

—Ya lo sabes... — le dijo la muchacha con aire de completa confianza, mientras los mulos tiraban de la carreta en el pésimo camino de barro con dirección Sur.

FIN

SELECCION FILMS DE AMOR
 las novelas preferidas
 de las bellas.

BIBLIOTECA FILMS Valdimenes a 25 cts.

La brillante colección que atesora las grandiosas creaciones de los más famosos cow-boys, antiguos y modernos.

Título	Protagonista	Postal
521 EL NEGROITO	Joe E. Brown	Warren William
522 PIRATAS DE SHANGHAI	Gerda Maurus	Luana Alexander
523 EL CAPADOC	George Raft	Leslie Howard
524 TARZAN POR EL SALVAGE	Ken Maynard	Ivan Mondell
525 GRIFFIN	Martha Elbert	John M. Hall
526 EL GATO NEGRO	Paul Wegener	Donald Cook
527 ALIAS "THEREDONTO"	Ken Maynard	M. Sullivan
528 SUBURBIDOS	V. Sokoloff	Low Ayres
529 EL SANCHO DIXONITA	Ken Maynard	Ginger Rogers
530 EL COW-BOY MILLONARIO	Tom Mix	James Gleason
531 BARBUD	Rex Ingram	H. Stanwich
532 SAMARANG	Ku-Sing	John M. Brown
533 EL GINETE ALADO	Kent Taylor	May Robson
534 MUJERES OLVIDADAS	Rex Bell	Barbara Caruso
535 EL DIABLO ACUSADOR	K. Bertinucci	Sally O'Neil
536 EL DIABLO NEGRO	Conrad Veidt	Paul Maud
537 CHURUSCULO ROJO	Rudolf Pfenner	Bette Davis
538 HONRABAS A TU PADRE	L. Barrymore	Clifford Francis
539 EL TERROR DEL COSACO	Ken Maynard	Clare Towor
540 50 DOLARES UNA VIDA	Bill Roy	Al Johnson
541 FUGITIVOS	Kate de Nagy	Sally Ellis
542 EL GINETE BELAMPAJO	Buddy Bonicelli	George Raft
543 HUERFANO DE PRAIERA	Tom Mix	Clare Dodd
544 EL TERROR DE LOS VILLES	Ken Maynard	Philip Reed
545 EL BRAVUCON	Buffalo Bill	Baby Keeler
546 PRESIDENTE FANTASMA	Claudette Colbert	Orsola Stevens
547 TODO LO CONDENA	Edmund Lowe	M. Lindsay
548 DESFILADERO LA MUERTE	Buddy Bonicelli	Carl Brisson
549 CON MUSICA Y ASTUCIA	Ken Maynard	Revelyn Rapp
550 LA MONTAÑA MISTERIOSA	Buffalo Bill	Jack La Rue
551 LA HORDA MALDITA	Randolph Scott	June Knight
552 ESPERA ESCRITO	Stuart Kraven	King Cugat
553 FREYRE INVISIBLE	Trude von Molo	Heather Angel
554 PESO DE HIERRO	Tom Tyler	Andy Devine

BIBLIOTECA FILMS

FILMS DE AMOR

son las novelas cinematográficas que no mueren ni desaparecen.

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Reciben como regalo para el certidumbre. Franqueo gratis.

EDITORIAL "ALAS"—Apartado 707.—BARCELONA